

forma ambigua: es el lenguaje de la libertad civil y política expuesto contra la tiranía doméstica y la conquista exterior, pero también de la exclusión y la agresión al extranjero; de la virtud, pero de una virtud mezclada con orgullo y el sentimiento de ser una ciudad única; de la república, pero de una república dominada por una élite social y política, con un fuerte apego a sus privilegios.

Tuvo que ser un patriota que no pertenecía a la élite florentina, Nicolás Maquiavelo, quien elaborase una versión diferente del patriotismo republicano. A diferencia de Bruni, no estaba interesado en celebrar la superioridad y misión histórica de Florencia. Los magníficos palacios que Bruni mencionó en su *Laudatio* como símbolos del esplendor de la ciudad, eran para Maquiavelo símbolos «orgullosos y regios» del poder y la riqueza de las grandes familias. Para construirse su magnífico palacio, escribe en *Istorie fiorentine*, Lucca Pitti no se abstuvo de utilizar medios ilegales, y una vez que estuvo terminado, se convirtió en el centro de sediciosas reuniones de los enemigos de la república³⁸. El tema de los orígenes de la ciudad, que recibió mucha atención por parte de los historiadores florentinos, a él le resulta de poco interés. En *Istorie fiorentine* resuelve el asunto con unas pocas palabras: «Nació bajo el Imperio romano; y en tiempos de los primeros emperadores empezó a ser mencionada por los historiadores»³⁹. Por tanto, es de origen servil; una señal que afectó la subsiguiente historia de la ciudad. Todas las guerras que Florencia libró para ampliar su territorio, según Bruni, estaban justificadas porque los florentinos eran los descendientes de los romanos y, por tanto, herederos de los territorios que pertenecieron a la república romana. Pero las guerras que libró Florencia con el rey Ladislao y el duque Felipe, señala Maquiavelo, «que se habían hecho para enriquecer (con riquezas y poder) a determinados ciu-

³⁸ VII, 4, en *Opere di Niccolò Machiavelli*, ed. A. Monteverchi (Turín, 1986).

³⁹ *Ibid.*, II, 2; *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, I, 49, en *Il principe e i Discorsi*, ed. S. Bertelli (Milán, 1983).

dadanos y no por verdadera necesidad», por tanto, fueron injustas⁴⁰.

Desde el comienzo de su carrera política fue más un crítico que un apologista de la república florentina. Se dedicó esforzadamente a ella, la sirvió con todas sus energías y con una honestidad impecable, pero no se olvidó de mencionar sus injusticias e imprudencias. Como señalaron sus enemigos políticos, incluso se mostraba demasiado dispuesto a la hora de denunciar las faltas de Florencia. Maquiavelo admitía que «es verdad que soy contrario, como en muchas otras cosas, a la opinión de los ciudadanos (florentinos)»⁴¹. No hay ningún indicio en su amor a la patria u amor por su patria de ser particularista o de orgullo cívico. No le cegó. Más bien, le empujó a intentar comprender los amplios horizontes de la política italiana y europea, y a buscar en el pasado para encontrar las raíces de una posible regeneración de Italia: «Esta tierra parece haber nacido para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en poesía, pintura y escultura»⁴².

El amor a su patria no era sólo su amor más profundo; era también la clase de amor que le hubiera gustado ver florecer en el corazón de sus compatriotas. Uno de los objetivos de los *Discursos*, como señala claramente en el *proemio* del libro II, era alentar a la juventud de la ciudad a imitar las virtudes de los romanos, y en las *Istorie fiorentine* señala que el tema central de su estudio es la corrupción, y su objetivo, explicar que la falta de virtud trajo la pérdida de libertad y el declive de Florencia⁴³. Y cuando habla de *virtù*, a lo que se refiere es a patriotismo; esto es, en el sentido republicano de amor a la libertad común que hace a los hombres

⁴⁰ «E se questo modo si fosse trovato prima, non si sarebbe fatta la guerra con il re Ladislao, né ora si farebbe questa contro il duca Filippo; le quali si erano fatte per riempire i cittadini e non per necessità», *Istorie fiorentine*, IV, 14.

⁴¹ Carta a Francesco Guicciardini, 17 de mayo de 1521, en *Opere di Niccolò Machiavelli*, ed. F. Gaeta (Turín, 1984), III, 520.

⁴² *Arte della guerra*, en *Arte della guerra e scritti politici minori* (Milán, 1961), 519.

⁴³ *Istorie fiorentine*, Proemio, en *Opere*, ed. Monteverchi, 281-2.

generosos, capaces de ver sus intereses privados y particulares como parte del bien común, y dispuestos a luchar vigorosamente por su república. Al principio de los *Discursos* llama «las acciones realizadas por capitanes para su patria (*che si sono per la patria loro affaticati*) las más virtuosas (*virtuosissime*)». En otra parte menciona el bien común (*bene comune*) junto con la patria común (*patria comune*) como objetivos característicos de los fundadores virtuosos ⁴⁴. Para llevar a cabo su virtuoso objetivo, Rómulo necesitaba adquirir la autoridad absoluta para sí exclusivamente. El asesinato de su hermano Remo y de Tito Sabino, por tanto, se le deben excusar, nos dice Maquiavelo, ya que fueron perpetrados para el bien común, por la patria ⁴⁵.

El patriotismo de los fundadores de Roma desafiaba al de las gentes de Roma que durante cuatrocientos años «fueron enemigos hasta del nombre del rey, y amantes de la gloria y del bien común de su patria (*amatore della gloria e del bene comune della sua patria*)» ⁴⁶. El amor al bien común y el amor a la patria que Maquiavelo pone en el centro de la virtud cívica es de hecho amor a la libertad y a las leyes que la protegen. Manlio Capitolino, dice Maquiavelo, fue sentenciado a muerte por el pueblo de Roma porque provocó tumultos «contra el senado y las leyes de su patria (*contro il Senato e contro alle leggi patrie*)» ⁴⁷. La conducta del pueblo romano fue particularmente destacable porque Manlio Capitolino era un enemigo del senado, y el pueblo de Roma «simpatizaba con proyectos que podían perjudicar a la nobleza». Y aun a pesar de su hostilidad hacia el senado, el pueblo de Roma hizo matar a Manlio porque, explica Maquiavelo, «para todos ellos el amor a la patria (*lo amore della patria*) pesaba más que ninguna otra consideración» ⁴⁸. El amor a la patria que inspiró el veredicto del pueblo de Roma era un deseo

de frenar a un ciudadano ambicioso que quería corromper las leyes e imponer su propio poder sobre la ciudad; por tanto, amenazaba a la libertad común. Según la interpretación de Maquiavelo del libro de Livio, «patria» (*patria*) representa a las leyes y a la libertad común. La virtud cívica del pueblo de Roma era, por tanto, un amor a la libertad que les dio el coraje y el poder para enfrentarse a hombres poderosos que intentaban imponer la tiranía sobre la república.

Fue primordialmente por su amor a la república por lo que el pueblo de Roma consiguió ser libre durante siglos. Las muchas y buenas leyes en favor de la libertad pública (*pubblica libertà*) que fueron aprobadas durante la república se debieron al deseo de los plebeyos de no ser oprimidos y a su determinación de resistir la insolencia de los patricios ⁴⁹. El bien común (o la patria), como recalca Maquiavelo, al que las gentes de antaño eran tan profundamente devotas, era su libertad individual para perseguir sus propios intereses sin verse obstaculizados o que sus derechos fueran infringidos por hombres poderosos y arrogantes. Los virtuosos ciudadanos a quien Maquiavelo ensalza en los *Discursos* sirven al bien común —la libertad y las leyes de la ciudad— porque se dan cuenta de que el bien común es el mismo que el interés individual de cada cual ⁵⁰.

Al igual que los humanistas, Maquiavelo repite el tema ciceroniano de que servir a su patria es la obligación moral más importante del hombre honrado. «Yo siempre he servido con mucho gusto a mi patria», señala al comienzo de *Discorso o dialogo intorno alla nostra lingua*, «hasta cuando era oneroso y peligroso, porque ninguna obligación es más importante que aquella que tenemos con nuestra patria.» Hasta si un ciudadano es ofendido por su patria,

⁴⁴ *Discorsi*, I. 10.

⁴⁵ *Ibid.*, 9.

⁴⁶ *Ibid.*, 58.

⁴⁷ *Ibid.*, III. 8.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*, I. 37.

⁵⁰ «Onde ne nasce che gli uomini a gara pensano a'privati e publici commodi. e l'uno e l'altro viene meravigliosamente a crescere» *ibid.*, II. 2.

seria de lo más ignominioso para él convertirse en su enemigo ⁵¹. Tiene que perdonar y olvidar, porque su deber para con su patria no se acaba por el maltrato que ha recibido. Si la voz del deber no es lo suficientemente fuerte, el amor a la patria le dará la fuerza para perdonar y olvidar.

Sin embargo, tanto la obligación moral como el amor a la patria tienen sus límites, que se ven definidos por la naturaleza de la obligación y por la naturaleza del amor: el ciudadano tiene una obligación hacia su patria porque le debe todos los bienes de la vida, y ama a su patria porque es un lugar donde puede disfrutar de la dulce libertad. Si la patria se convierte en una tiranía de hombres arrogantes, la obligación deja de existir y el amor se convierte en odio. No hay razón y no hay motivo para perdonar y olvidar. Rinaldo degli Albizzi, el enemigo de Cosimo de Médicis que se unió al duque de Milán, según nos dice Maquiavelo en *Istorie fiorentine*, dijo las siguientes palabras:

A mí me importará siempre bien poco el vivir en una ciudad donde las leyes tienen menos fuerza que los hombres. Sólo es apetecible una patria en la que uno pueda disfrutar tranquilamente con sus bienes y con sus amigos, no aquella donde los bienes te pueden ser arrebatados sin dificultad y donde los amigos, por miedo de su propio mal, te abandonan cuando más los necesitas ⁵².

Maquiavelo el patriota no añade una palabra; y sabemos que

⁵¹ «Sempre ch'io ho potuto onorare la patria mia, eziandio con mio carico e pericolo, l'ho fatto volentieri: perchè l'uomo non ha maggiore obligo nella vita sua che non quella, dependendo prima da essa l'essere e di poi tutto quello che di buono la fortuna e la natura ci hanno conceduto; e tanto viene a essere maggiore in coloro che hanno sortito patria più nobile. E veramente colui si quita con l'animò e con l'opera si la patria della sua patria, meritatamente si può chiamare parricida, ancora che da quella fussi suto offeso», *Discorso o dialogo intorno alla nostra lingua*, en *Opere Letterarie*, ed. L. Blasucci (Milán, 1964), 212.

⁵² «Io stimerò sempre poco vivere in una città dove possino meno le leggi che gli uomini: perchè quella patria è desiderabile nella quale le sustanze e gli amici si possono sicuramente godere, non quella dove ti possino essere quelle tolte facilmente, e gli amici per paura di loro propri nelle tue maggiori necessità l'abandonono», IV, 33.

en las *Istorie*, encargado por el papa Médicis Clemente VII, puso en la boca de los oponentes de los Médicis las palabras que a él mismo le hubiese gustado decir.

Para Maquiavelo el amor a la patria da fuerzas para conseguir llevar a cabo grandes y generosos hechos en momentos excepcionales, pero también alimenta hábitos de civilidad en circunstancias ordinarias; expande el alma y le da la medida y orden adecuados que una buena república necesita. Como ejemplo de ciudadanía virtuosa, menciona al pueblo romano, que se sublevó contra los jóvenes aristócratas que «no tenían respeto por civilidad alguna (*sanza avere rispetto ad alcuna civiltà*)» ⁵³ y los ciudadanos de las repúblicas alemanas libres que odiaban a los nobles porque eran antagonistas de la vida cívica ⁵⁴. También recalca que mientras la república se mantuvo incorrupta, el pueblo romano fue virtuoso y respetuoso de las normas de la vida civil. Hasta cuando luchó contra los enemigos de la libertad común no sobrepasó los límites de la legalidad. Coriolano intentó utilizar el hambre para disminuir la autoridad del pueblo y volverlo más dócil. Habiendo descubierto sus nefastas intenciones, los plebeyos se mostraron dispuestos a lincharle, pero al final aceptaron la propuesta de los tribunos de llevarlo a juicio. Este episodio, señala Maquiavelo, revela una vez más la bondad de las instituciones republicanas romanas. Si los plebeyos hubiesen linchado a Coriolano, hubiesen actuado como individuos privados y no hubiesen hecho justicia, sino que habrían cometido un crimen. Si los magistrados de la república hubiesen tolerado la ejecución sumaria de Coriolano, los ciudadanos hubiesen empezado a sentirse inseguros y hubiesen intentado protegerse formando sectas y facciones que habrían representado el desastre para la república. Un pueblo virtuoso que quiera preservar su libertad debe siempre respetar las leyes y normas de la vida civil, debe vivir de forma ordenada, y el amor a la patria lo hace más fácil.

⁵³ *Discorsi*, I, 2.

⁵⁴ 55.

Cuando el amor a la patria desaparece, queda la virtud, pero se convierte en fuerza bruta, coraje y resolución; se convierte en una virtud que ya no sostiene la libertad sino que la destruye. Como ejemplo, Maquiavelo menciona los conflictos entre los plebeyos y el senado por las Leyes Agrarias. Durante más de trescientos años los conflictos entre los plebeyos y el senado fueron extraordinariamente civilizados: no más de ocho o diez ciudadanos fueron exiliados; muy pocos fueron muertos o multados. La ciudad había conocido el caos —las masas corrían alocadamente por las calles, se cerraban las tiendas, los plebeyos salían *en masa* de la ciudad—, pero esto nunca fue una amenaza a la libertad. Sin embargo, los conflictos provocados por las Leyes Agrarias sobrepasaron los límites de la civilidad y por esta razón fueron una de las causas del fin de la libertad en Roma.

El pueblo romano, dice Maquiavelo, merece ser ensalzado como un ejemplo para los modernos porque fue virtuoso y civilizado. Amaba su libertad común y era capaz de oponerse a los ambiciosos y a los insolentes; pero también era un pueblo cumplidor de las leyes, obediente a sus magistrados, respetuoso de la moralidad y la religión. Odiaba la servidumbre, pero no tenía ningún deseo de oprimir⁵⁵. La virtud cívica y la civilidad también van juntas en las ciudades libres alemanas, uno de los pocos ejemplos existentes en tiempo de Maquiavelo. Los ciudadanos estaban dispuestos a matar a los nobles ociosos (*oziosi*) porque los consideraban fuente de corrupción y escándalos; pero pagaban sus impuestos y obedecían a sus magistrados con disciplina admirable⁵⁶.

El punto que Maquiavelo recalca una y otra vez en los *Discursos* es que el amor a la patria no sólo protege la libertad, sino que

⁵⁵ «Mentre durò la republica incorrotta, non serví mai umilmente, nè mai dominò superbamente; anzi con li suoi ordini e magistrati tenne il suo grado onorevolmente. E quando era necessario commuoversi contro a un potente, lo faceva; come si vide in Manlio, nei Dieci ed in altri che cercorono opprimerla: e quando era necessario ubbidire a' Dittatori ed a' Consoli per salute pubblica, lo faceva», *ibid.*, 58.

⁵⁶ *Ibid.*, 55.

también sustenta costumbres decentes y de orden. Debido a su patriotismo, el pueblo romano consiguió imponer buenas leyes en pro de la libertad común, que a su vez estimularon las buenas costumbres. Pero cuando la república se volvió corrupta y los ciudadanos ya no eran virtuosos, los ciudadanos malvados consiguieron hacer que se aprobasen leyes que no estaban proyectadas para proteger la libertad común, sino para incrementar su propio poder. Las malas leyes a su vez corrompieron la vida pública y privada y trajeron el declive de la república. Por lo que el debilitamiento del patriotismo fue la causa de la pérdida de libertad y también de la decadencia moral⁵⁷.

La idea de virtud cívica que Maquiavelo extrajo de sus fuentes republicanas romanas, y que recomendaba a sus conciudadanos florentinos, recalca que la autoridad soberana debía ser confiada a la ciudadanía como un todo, a la nobleza y al pueblo, y que el pueblo debía tener su lugar en la organización institucional, aunque no el monopolio del poder. Sin embargo, nunca abogó por la participación política constante⁵⁸. La virtud que quería ver florecer era el amor a la libertad que le da a los ciudadanos la voluntad y la fuerza para enfrentarse a facciones y hombres ambiciosos que intentan dominar la ciudad. En otras palabras, era amor a la patria.

Mientras *patria* es una palabra clave, «nación» (*nazione*) tiene una importancia insignificante en las obras de Maquiavelo. Como Federico Chabod ha demostrado convincentemente en un ensayo seminal, Maquiavelo apenas utiliza el término «nación»⁵⁹. En los *Discursos* habla de nación en referencia a Francia, España e Italia, para señalar costumbres comunes, y específicamente las corruptas⁶⁰. En

⁵⁷ *Ibid.*, 10.

⁵⁸ *Ibid.*, 5 y 58; *Discursus florentinarum rerum, post mortem iunioris Laurentii Medice*, en *Arte e scritti politici minori*, 272.

⁵⁹ *L'idea di nazione* (Bari, 1962), 60.

⁶⁰ «(Ciudades libres alemanas) non hanno possuto pigliare i costumi nè franciosi nè spagnuoli nè italiani; le quali nazioni tutte insieme sono la corruttela del mondo», *Discorsi*, I, 55.

el mismo capítulo utiliza como sinónimo para *nazione* el viejo término romano *provincia*, que en su origen quería decir sub-unidades administrativas del imperio. Unas líneas antes hace hincapié en el mismo punto al considerar la corrupción de Francia, España e Italia, esta vez llamándolas «provincias» en lugar de naciones ⁶¹.

El distintivo carácter de las provincias o naciones es para Maquiavelo cuestión de costumbres y formas de vida. El título del capítulo 43 en el libro III de los *Discursos* dice: «Los hombres que nacen en la misma *provincia*, muestran a través de la historia características muy parecidas». Como explica en el mismo capítulo, cada provincia tiene su propia forma de vida ⁶². Además de las costumbres y formas de vida, otras características distintivas de las provincias o naciones son su lengua y el orden político particulares, como señala Maquiavelo en *El príncipe*:

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres... Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades ⁶³.

Las costumbres de las naciones deben ser estudiadas y comprendidas ya que son de una importancia política fundamental; no deben ser amadas. El amor es para la *patria*, entendida como las instituciones políticas y la forma de vida particular de la república.

⁶¹ «E veramente dove non è questa bontà non si può sperare nulla di bene, come non si può sperare nelle provincie che in questi tempi si veggono corrotte, come è la Italia sopra tutte l'altre; ed ancora la Francia e la Spagna di tale corruzione ritengono parte», *ibid.*

⁶² «Vero è che le sono le opere loro, ora in questa provincia piú virtuose che in quella, ed in quella piú che in questa, secondo la forma della educatione nella quale quegli popoli hanno preso il modo del vivere loro», *ibid.*, III, 43.

⁶³ *El príncipe*, cap. 3. Trad. esp. de Antonio Gómez Robledo, *El príncipe*, México, Porrúa, 1970.

No le preocupa en absoluto la protección de la homogeneidad cultural de la república y aún menos la protección de la pureza lingüística. Ve la asimilación de palabras foráneas como un enriquecimiento, no como la corrupción del lenguaje, como escribe en su *Discorso o dialogo intorno alla nostra lingua*, que escribió para defender el honor de Florencia contra aquellos que decían que Dante escribió la *Divina commedia* en italiano y no en florentino ⁶⁴.

Para Maquiavelo, instituciones y valores políticos no pueden ser separados de costumbres y formas de vida. De hecho habla del *vivere libero*, o *vita libera*, una forma particular de vida, una cultura, opuesta al *vivere servo*, otra forma de vida y otra cultura. *Patria*, como nación, es una forma de vida y una cultura; es una forma de vida particular inspirada en la libertad. En la famosa frase que Maquiavelo escribió a su amigo Vettore en una de sus últimas cartas —«Amo a mi patria más que a mi alma»— se podría reemplazar *patria* por *vivere libero* sin alterar el significado de la frase; reemplazar *nazione* por *patria* sería absurdo.

El amor a la patria es aquel que estimula a compartir. Hace a los hombres subordinar su vinculación con bienes que son distintivamente suyos propios a su vinculación con bienes que poseen en común con otros. No hay un bien que pueda ser más de uno mismo que el alma; pero el amor a la patria nos la hace subordinar a la libertad común; esto es, a una libertad que es tan nuestra como de ningún otro. Es un amor que sólo almas magnánimas experimentan, tales como la de Cosimo Rucellai, al que está dedicado el *Arte della guerra*: «No sé qué podría ser tan suyo (no exceptuando siquiera su alma) que no dispensase voluntariamente por sus amigos, ni se que empresa lo hubiese desmentado una vez que salía

⁶⁴ «Oltra di questo, io voglio che tu consideri come le lingue non possono essere semplici, ma conviene che sieno miste con l'altre lingue. Ma quella lingua si chiama d'una patria, la quale convertisce i vocaboli ch'ella ha accattati da altri nell' uso suo, ed è sì potente che i vocaboli accattati non la disordinano, ma ella disordina loro: perchè quello ch'ella reca da altri, lo tira a sé in modo che par suo», *Discorso*, p. 223.

que era por el bien de su patria»⁶⁵. O como los valientes ciudadanos que desafiaron el interdicto del Papa y defendieron la libertad de Florencia: «A éstos se los llamó santos, a pesar del poco caso que habían hecho de las excomuniones y a pesar de que habían despojado de sus bienes a las iglesias y habían obligado al clero a celebrar oficios a la fuerza. Hasta ese punto los ciudadanos de entonces ponían los intereses de la patria por encima del interés de sus almas»⁶⁶.

Amar a la patria propia más que al alma de uno mismo supone que se debe estar preparado a sacrificar la propia alma por la vida y libertad de la ciudad.

Quando la seguridad de la patria depende de la decisión a tomar, no se debe tener en cuenta ni la justicia ni la injusticia, ni la bondad ni la crueldad, o que sea loable o ignominiosa. Al contrario, poniendo aparte las demás consideraciones, esa alternativa que salvará la vida y preservará la libertad de la patria ha de ser adoptada incondicionalmente⁶⁷.

El alma propia contra la patria. Pero la patria no es de uno mismo, de la misma forma que lo es el alma. La patria es de uno como es de todos. Por muy importante que sea el alma, su sacrificio por la libertad común es aún el sacrificio del bien individual por el común. Dios, según los padres de la Iglesia, estima mucho el bien público; por lo que debe considerar favorablemente a aquellos grandes hombres que han sido capaces de sacrificar su alma por su patria⁶⁸. Los salvadores y redentores de patrias pueden contar con

⁶⁵ *Arte*, 328.

⁶⁶ «Ed erano chiamati Santi, ancora che gli avessino stimate poco le censure, e le chiese de' beni loro spogliate, e sforzato il clero a celebrare gli uffici: tanto quelli cittadini stimavano allora più la patria che l'anima», *Istorie fiorentine*, III, 7; trad. esp. Félix Fernández Murga, *Historia de Florencia*, Madrid, Alfaguara, 1979.

⁶⁷ *Discorsi*, III, 41.

⁶⁸ «Io credo che il maggiore onore che possono avere gli uomini sia quello che voluntariamente è loro dato dalla loro patria: credo che il maggiore bene che si faccia, e il più grato a Dio sia quello che si fa alla sua patria», *Discursus florentinarum rerum*, 220.

la simpatía de Dios. Si fuesen juzgados como el resto, serían condenados; pero Dios no los puede eximir de ser juzgados. Un hombre que ha salvado a su patria merece a su vez ser salvado. Su acción fue extraordinaria; la recompensa debe ser igual de extraordinaria. Durante sus vidas en la tierra, los fundadores y redentores de patrias eran muy felices (*felicissimi*) e hicieron a su patria feliz y noble (*la loro patria ne fu nobilitata e felicissima*). Cuando mueren, les está permitido disfrutar de la beatitud perenne, debido a la intervención especial de Dios.

El amor a la patria es una fuerza moral que hace a los ciudadanos ordinarios capaces de llevar a cabo grandes hazañas contra la tiranía y la corrupción, dignas de permanecer en la memoria de la ciudad, como los ciudadanos florentinos mencionados en las *Istorie*, que ofrecieron su ayuda a los Signori de la república para restaurar el gobierno de la ley contra las facciones de los Albizzi y de los Ricci. Maquiavelo dice que estuvieron «movidos por su amor a la patria (*mossi dall'amore della patria*)» y que hablaron como patriotas: «El amor que profesamos, oh magníficos señores, a nuestra patria es lo que nos ha inducido primero a reunirnos y nos hace ahora presentarnos ante vosotros para tratar de este mal, que es ya grande en nuestra república y todavía va en aumento, y para decirnos que estamos prontos a ayudaros a extinguirlo»⁶⁹. Cuando la ambición y la avaricia están destruyendo la vida pública, el amor a la patria es la única pasión a la que los líderes políticos pueden recurrir, como hizo Lorenzo de Médicis hablando a los más prominentes ciudadanos reunidos en su casa: «No creo que en toda Italia se den tantas muestras de violencia y de avaricia como se dan en esta ciudad. Así pues, ¿es que esta patria nuestra nos ha dado la vida para que nosotros se la quitemos?, ¿nos ha hecho victoriosos para que la destruyamos?, ¿nos colma de honores para que le correspondamos con vituperios?»⁷⁰.

⁶⁹ *Istorie fiorentine*, III, 5. (Trad. esp. 155.)

⁷⁰ *Ibid.*, VII, 23. (Trad. esp. 418.)

Para Maquiavelo, un ciudadano que ama a su patria es aquel que siente compasión por ella, que comparte sus sufrimientos y que la cuida. Que quiere ver a su propia gente viviendo libres porque le es querida. Italia, como escribió en la exhortación con que finaliza *El príncipe*, está «castigada, despojada, escarnecida e invadida»; está esperando a alguien «que debe curarla de sus heridas». Sólo un alma grande y compasiva puede responder a su llamada y ser, debido a su amor, su liberador y «redimirla de esa crueldad e insolencia de los bárbaros»⁷¹. El patriotismo de Maquiavelo, como se ha dicho justamente, es «un sentimiento desconcertante», imbuido de «amor por la vida y el pueblo, por el idioma y la mujer, por Dios y por los héroes»⁷². Pero el centro de ello es el amor a la libertad y al respeto, como los maestros romanos y también la religión cristiana, si se interpretan correctamente, nos enseñaron⁷³.

2

DECLIVE Y RESURGIMIENTO

Comenzando por mediados del siglo XVI, el lenguaje del patriotismo republicano experimentó una serie de declives y resurgimientos. A finales del siglo XVI y del XVII, se desarrolló en las pocas repúblicas que aún existían en la Europa de las monarquías y principados, y renació en aquellos países donde se produjeron significativas experiencias de rebelión contra la dominación extranjera. Permaneció vivo allí donde la libertad política aún existía; se recobró del pasado allí donde la libertad política debía de ser recuperada. Su historia se convirtió en la historia de la libertad.

Un ejemplo de la supervivencia del lenguaje del patriotismo republicano es *Della perfeziones della vita politica libri tre* de Paolo Paruta, uno de los últimos elogios del patriotismo y de las ideas republicanas de la política. Siguiendo los pasos de la enseñanza clásica, Paruta recalca que el amor a la patria es la base de la vida civil¹. Aquel que desea vivir una vida virtuosa no puede preocuparse únicamente por sí mismo, sino que debe servir a su patria, ya que el deber con respecto a nuestra patria es lo más importante².

⁷¹ SEBASTIAN DE GRAZIA, *Machiavelli in Hell* (Princeton, 1990), 21.

⁷² «Aunque parece que el mundo se ha tornado afeminado y que el cielo es impotente, esto indudablemente se debe más a la pusilanimidad de aquellos que han interpretado nuestra religión como ociosidad, y no en términos de virtud. Ya que, si llegan a tener en mente que la religión nos permite exaltar y defender la patria, hubiesen visto que también desean amarla y honrarla, y entrenarnos para ser capaces de defenderla», *Discorsi*, II, 2.

¹ «Ma, come si sia, per certo non si deve permettere per alcun modo che violato sia questo santo e venerando nome della Patria... non avendo la nostra umanità niuna cosa né più rara né più preziosa che la Patria... perciocché, distrutto l'amor della Patria, cade tosto ogni dignità della vita civile, e vana riesce ogni nostra fatica di intorno alle virtù», en *Opere politiche di Paolo Paruta* (Firencia, 1852), I, 216.

² «Troppo grande è l'obbligo che habbiamo alla patria», *ibid.*, 215.